ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

"Que Cristo habite por la fe en sus corazones", (Cfr. Ef 3, 17)

Hoy celebramos el centésimo quincuagésimo aniversario de la consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús.

Para una mejor comprensión de tan significativo acontecimiento, traigamos a la memoria algunos datos del contexto histórico en que se celebró.

En 1870, bajo la dirección de Víctor Manuel II, la Real Casa De Saboya decide la "Unificación Italiana" y quiere establecer la Sede del Reino en Roma.

El 20 de septiembre, el General Garibaldi conquista Roma. El Papa Pío IX se refugia en el Palacio Vaticano, junto a la Basílica de San Pedro, y permanece hasta su muerte, en 1878. El único país que manifestó su adhesión al Papa fue la República del Ecuador.

En estas circunstancias, el Padre Proaño solicita al Presidente, Dr. Gabriel García Moreno, que consagre la República al Corazón de Jesús como un acto de amor al Redentor y de fidelidad a su Vicario.

Con la aprobación del tercer Concilio Provincial de Quito, el 31 de agosto de 1873, del Congreso nacional, el 18 de octubre del mismo año, y el Decreto de consagración canónica, el 10 de febrero, el Arzobispo de Quito, Mons. José Ignacio Checa y Barba, el 25 de marzo de 1874, en la catedral, preside la Eucaristía de consagración. A esta concurren el presidente de la república, las autoridades civiles y el pueblo de Dios.

El cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, bendecido por el Papa Pío IX, en 1874, se venera en la Basílica del voto nacional, de estilo neogótico. Uno de los grandes promotores de la Consagración fue el Venerable P. Julio María Matovelle.

A los ciento cincuenta años, la renovación se da en un nuevo contexto: la celebración del quincuagésimo tercer Congreso Eucarístico Internacional.

Si bien la renovación en sí misma tiene una gran importancia, más aún por ser la primera nación consagrada. Sin embargo, el hecho de que el Papa Francisco haya elegido a nuestro país como sede del congreso, le da una mayor relevancia no solo espiritual, sino también cultural. Consagración y Eucaristía, de este modo, están íntimamente relacionadas.

1. Consagración

La consagración es la entrega de una ofrenda a Dios, igual que sacrificio es el ofrecimiento (latín: sacrum - sagrado; y facere – hacer): de algo a Dios. Esta práctica está presente en casi todas las religiones, con diferentes finalidades, como para obtener favores o, en el caso de Israel, sellar un pacto.

El pueblo de Israel ofrecía o consagraba a Dios aves y animales: tórtolas, palomas, corderos y bueyes. En algunas ocasiones, también pan y vino u otros productos de la tierra.

El templo de Jerusalén se constituyó en el lugar privilegiado para ofrecer al Señor diferentes ofrendas. Pero, con el paso del tiempo, estas cambiaron de orientación. Muchos oferentes se quedaron en una relación puramente individualista, espiritualista e intimista con el Señor; y se olvidaron del prójimo. Los profetas levantaron su voz para decirles que Dios no quiere sacrificios ni holocaustos, sino un corazón compasivo con sus semejantes y que esté dispuesto a cumplir su voluntad.

2. Renovación

La renovación de nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús tiene como trasfondo la antigua alianza entre Dios y su Pueblo: "yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo", y la nueva y eterna alianza: "tomen y coman, este es mi cuerpo; tomen y beban, esta es mi sangre para la remisión de los pecados".

El Dios de la alianza nos ofrece su vida entera, su amor, su misericordia y perdón sin condiciones. Un Dios que hace de nosotros un pueblo de sacerdotes, un pueblo de Reyes, una nación Santa. Pero, el Dios de la alianza, que nos consagra y santifica, también espera de nosotros una respuesta libre, capaz de entregarle todo lo que somos y tenemos, lo que pensamos y soñamos, nuestras posibilidades y limitaciones. No se ama por decreto ni por obligación, sino por convicción y decisión.

La alianza nueva y eterna se renueva en cada celebración eucarística. En ella, Jesús nos entrega su cuerpo y su sangre. Jesús nuevamente toma el pan, lo bendice, lo parte y nos da con una generosidad extraordinaria. Pero, espera una respuesta libre cuando dice: tomen y beban. Esta expresión puede ser entendida como un imperativo, una orden o un mandato. Sin embargo, se trata más bien de una invitación para que cada uno de nosotros, con toda libertad, nos acerquemos a la mesa del Señor a comer el pan de vida y a beber su sangre de salvación.

La Eucaristía, en este sentido, se parece mucho a lo que sucede con el pan que un amigo nos ofrece cuando nos dice: la mesa está servida, coman y beban, disfruten de lo que hemos preparado; pero, podemos decirle: no, gracias, no nos hace falta o ya hemos comido y bebido. Probablemente, nos comprenderá, pero, para una próxima ocasión, pensará dos veces si invitarnos o no.

La acción de comer su cuerpo y de beber su sangre, entonces, es una cuestión de vida o muerte, que depende de nuestra libertad. Una acción, además, que no se limita solo a la celebración litúrgica de la eucaristía, sino que nos compromete con la comunidad o Iglesia y también con los pequeños y olvidados de la sociedad: todo lo que hagamos con los vulnerables, es a Jesús a quien lo hacemos (Mateo 25, 40-45).

La Eucaristía nos transforma en "una fraternidad para sanar el mundo", como dice el lema del Congreso Eucarístico; un mundo herido por la indiferencia, por la crueldad, por el ansia de poder y de tener, del prestigio y de los privilegios; un mundo de seres humanos que han perdido el horizonte de sus posibilidades y límites y pretenden declararse dioses.

La renovación, por su parte, se dirige al Sagrado Corazón de Jesús, lo cual nos invita a preguntarnos sobre su significado, más allá del simbolismo tradicional.

El corazón, para el pueblo de Israel, es el centro y la fuente de nuestros pensamientos, sentimientos, sueños y grandes decisiones. Por este motivo, Dios se interesa por el corazón de su pueblo y les promete: "Les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne". (Ez 36, 26).

"De lo que reboza el corazón, habla la boca" (Lc 6, 46), nos dice Jesús. De él, brotan la bondad y la maldad, la grandeza y la miseria, el amor y el odio, el perdón y la venganza, la compasión y la indiferencia, la justicia y la injusticia, la codicia y la donación, el servicio y el dominio, la salvación y la perdición, el cielo y el infierno.

Pero ¿cómo es el Corazón de Jesús? Solo Él puede decirnos; sin embargo, a través de sus gestos y palabras, es posible acercarnos, con temblor y temor, a ese misterio insondable y, a la vez, fascinante; y, poco a poco, percibir que en él late un corazón rebosante de amor y misericordia, de ternura y pasión, de compasión y acción en favor de los pecadores o de aquellos que buscan la salvación no en sí mismos sino en Dios.

La renovación de nuestra consagración, por su parte, tiene una doble dimensión; personal y comunitaria. En un primer momento, cada uno de nosotros está invitado a pensar y a decidir, con toda libertad, si renueva o no su consagración al Señor. Como comunidad o pueblo que camina, sueña y busca mejores días para todos los ecuatorianos, independientemente de sus opciones políticas y religiosas, también estamos invitados a renovar nuestro compromiso.

De este modo, una vez más, podremos decir cada uno de nosotros: "Haz latir tu Corazón en mi corazón".

3. Servidores de la nueva y eterna alianza

Queridos jóvenes, ¡qué gracia tan grande ordenarles en este día tan especial de la renovación de nuestra consagración! ¡Qué bendición saber que ustedes se han preparado para ser los ministros de la nueva y eterna alianza!

ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

Por eso, una vez, más deseo recordarles que somos hijos de Dios, no esclavos; hermanos, no enemigos; mediadores de la gracia, no intermediarios; administradores de los bienes, no propietarios; servidores de la comunidad, no patrones.

Para ello, les invito a ser valientes ante las adversidades, a no sucumbir en los momentos de soledad. No están solos; hay una fraternidad de sacerdotes que los acompaña.

No trabajen solos; déjense apoyar y ayudar por quienes forman parte de esta Iglesia local.

Cuenten con la oración y la cercanía del Pueblo de Dios al que van a servirle; un pueblo que los ama sincera y profundamente.

Sean Pastores que escuchan, animan y acompañan a su Pueblo; háganlo con un corazón humilde, con el mismo amor de quien les llamó a su servicio: Dios. Un amor sin privilegios, sin posesión, sin ataduras, sin egoísmos; un amor libre y generoso, sobre todo con los más pobres y necesitados física y espiritualmente.

Pongan en el centro de su corazón la Palabra de Dios para que, una vez leída, meditada, orada y vivida, les ilumine cada paso de su misión evangelizadora.

No solo sean devotos de la Virgen María, sino, sobre todo, ámenla con fervor; ella, como Madre, les guiará con firmeza y ternura hacia el corazón de su Hijo.

Queridos hermanos, que el corazón inmaculado de María, que sintió el latido del corazón manso y humilde de su Hijo, nos acompañe en este camino de renovación de nuestra consagración a Jesús en cada Eucaristía que celebramos.

“Que Cristo habite por la fe en sus corazones”

Guayaquil, 25 de marzo del 2024

+ Luis Cabrera Herrera, ofm
Arzobispo de Guayaquil